

INVITACIÓN A PENSAR

Lic. Mario Alberto Domínguez Castro.¹

¹ Licenciado en filosofía por la Fundación Universitaria Luís Amigó (Funlam) (Medellín, Colombia). Se ha desempeñado en cargos como docente en las áreas de Filosofía, Ciencias Sociales, Religión, Civismo y urbanidad, Ética. Actualmente cursa la maestría en filosofía en la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB) (Medellín, Colombia).

Correo electrónico: kyrius_castro@hotmail.com

Resumen:

El siguiente texto aborda la pregunta por el pensamiento. A partir de la obra de Heidegger ¿Qué significa pensar? Se propone cuatro maneras de abordar su significado; la primera, orientada hacia el pensamiento de sí, sobre el pensarse; la segunda, sobre el rumiar o el demorarse en el pensamiento; la tercera, sobre el intervenir lo que esta dado o lo que aparece asumiendo el pensar como un traspasar; y la cuarta, asumiendo el pensar como un filosofar en contexto, como el pensar la realidad (la vida cotidiana) y no en abstracciones.

Palabras claves: pensar, rumiar, traspasar, sustraerse.

Abstract:

The following text addresses the questions regarding the thought. Beginning from Heidegger's oeuvre, what is called thinking? Four different approaches to its meaning are proposed: The first one, oriented to the question of being. The second one, by delaying and extending the thinking process; the third, explains about intervening in which is given or appears, assuming that the thought is a trespassing exercise, and the fourth one, by assuming that the thought is a way to philosophize in context, as the reality's thought (daily life), and not abstractions.

Key Words: thought, extending, trespassing, subtraction.

“¿Que el joven dice: Esa montaña es triste? No; que suba antes a ella con alegría de corazón, y que la mire atentamente. El cansancio antes del viaje es una tontería.”

Fernando González

Antesala.

Este ensayo es producto del compartir y pensar lo compartido en el seminario: *¿Qué significa pensar?* Y es un poner en marcha el pensamiento mismo. En la pregunta planteada y ampliamente tratada por Martin Heidegger en el texto que le otorgó el nombre al seminario lo que se encuentra, en términos de intencionalidad, es una *invitación a pensar*. Lo que aquí se presenta es el producto o, mejor, las consecuencias de haber aceptado dicha invitación.

Pensar es una empresa difícil. Se cree que pensar es una pérdida de tiempo porque requiere pausa, rumia y el mundo, y la forma tan acelerada en la que marcha, demanda e incita al afán, a la preocupación por las cosas inmediatas y productivas en términos del hacer. Se cree, entre otras cosas, que pensar es tener cualquier “idea” en la cabeza, y se ha caricaturizado con la imagen de una bombilla encendida. Todas estas concepciones del pensar, dicen algo preocupante, por lo menos en el ámbito de la filosofía —ya que para muchos esto no es un problema y por ello no se lo plantean problemático—: no sabemos lo que significa pensar y en consecuencia no pensamos todavía. Por tanto, se hace necesario una “pedagogía del pensar” que nos enseñe su significado, nos ponga en camino y nos conduzca en él para finalmente hacer el propio.

A continuación, empezaremos el camino hacia el aprendizaje del pensamiento dejándonos guiar por el pensar de Heidegger, no para pensar como él, ni para hacer una apología de su doctrina filosófica, sino para aprender lo que significa pensar en filosofía a la luz de su quehacer filosófico, es decir, de su pensar. Luego de iniciado este camino con Heidegger llega un momento en que se hace necesario seguir solos, pues, nadie piensa por nosotros como bien lo advierte Comte-Sponville, he incluso el mismo Heidegger.

Así, proponemos, sin el ánimo de agotar lo que del pensar se pueda decir en aras de su definición, cuatro maneras de abordar su significado. La primera, orientada hacia el pensamiento de sí, sobre el pensar-se; la segunda, sobre el rumiar o el demorarse en el pensamiento; la tercera, sobre el intervenir lo que esta dado o lo que aparece asumiendo el pensar como un traspasar; y la cuarta, asumiendo el pensar como un filosofar en contexto, como el pensar la realidad (la vida cotidiana) y no en abstracciones.

Unas palabras de Gadamer para proseguir: “se trata de defenderse contra la tendencia de convertir algo en dogma. En lugar de ello hay que intentar expresar en palabras propias lo que se indica. La “indicación formal” señala la dirección en la que hay que mirar. Lo que allí se muestra hay que aprender a decirlo en las propias palabras; porque sólo las propias palabras, no las repetidas, despiertan la intuición de lo que uno mismo intenta decir” (Gadamer, 2002, p, 291).

Con todo esto lo que se pretende, tal como el título lo sugiere, es invitar a pensar. Así, pues, buen clima a quienes acepten la invitación y se decidan a hacer camino.

1. Aprender a pensar.

“Nadie puede filosofar por nosotros”

André Comte-Sponville

Nos preguntamos ¿qué significa pensar? para adentrarnos en lo esencial de la puesta en marcha del pensamiento. Preguntar por el significado del pensar es ya la puesta en acción del pensamiento mismo, pues todo preguntar es una invitación a pensar. Sin embargo, como toda invitación puede o no ser aceptada, acogida. De tal manera que el pensamiento no siempre aparece y el razonar se muestra infecundo, o, incluso, acontece que el animal racional sólo deja entrever su animalidad.

Para aceptar la invitación del pensar se hace necesario escuchar al pensamiento, pues, en él está lo que hay que pensar. Examinemos entonces el pensamiento de Heidegger, para pensar no el pensamiento, sino lo que su pensamiento da a pensar: “Lo que más merece pensarse es que nosotros todavía no pensamos” (Heidegger: 1951, p, 16.). Dos cosas aparecen veladas en esta sentencia: una preocupación y una esperanza.

¿Qué quiere decir que no pensamos todavía? El adverbio de tiempo “todavía” es sin duda azaroso a la vez que esperanzador. Heidegger no dice que no pensamos, sino que no pensamos todavía. ¿Qué hay que hacer para llegar a pensar? Es necesario ponernos en camino, hay que aprender a pensar. Nadie piensa por nosotros, tenemos que arrojarnos y darnos a la tarea de pensar nosotros mismos; a pensar se aprende pensando como a caminar o a nadar se aprende caminando o nadando.

Ahora bien, como en todo proceso de aprendizaje tiene que darse una iniciación, pues el pensamiento no sale de la nada. “Nos adentramos en lo que es pensar cuando pensamos nosotros mismos” nos dice Heidegger (Ibíd. p, 15). ¿Tendremos que soltarnos de su mano si queremos aprender a pensar? No es otra cosa la que dice. Pero para soltarnos es necesario primero estar

agarrados de su mano y, además, si de aprender se trata, su guía se hace necesaria. ¿Necesaria para qué? Para aprender lo que significa pensar. Una vez aprendido esto, soltarnos de su mano no será problema, pues ya podremos pensar por nosotros mismos.

Resulta irónico que siendo, según la definición aristotélica de hombre, animales racionales, es decir, que siendo la racionalidad lo que nos diferencia de las demás especies, no sepamos pensar. Dicha ironía dice el equívoco de la definición. El estar en camino hacia el aprendizaje del pensar, lo que nos dice es: no que somos racionales, sino que estamos facultados para serlo. Así la definición de hombre, siguiendo el orden aristotélico y guiados por el pensar heideggeriano, ha de ser: el hombre es un animal facultado de razón.

Saber esto es un gran aliciente: “el hombre puede pensar en cuanto tiene la posibilidad para ello” (Ibídem), pero ¿por qué teniendo la posibilidad para hacerlo no pensamos? Lo que de momento podemos decir es que el estar posibilitados para pensar no garantiza que pensemos.

No pensamos porque no sabemos pensar. Pero hay otro aliciente: ya estamos en camino. Ahora apetece el aprender a pensar y si es cierto que –como dice Heidegger- “sólo somos capaces de aquello que apetece” (Ibídem), entonces aprenderemos a pensar y más aún a pensar nosotros mismos, pues ello es lo que apetece.

“Y, en verdad, apetece solamente lo que, por su parte, nos anhela a nosotros mismos y nos anhela en nuestra esencia, en cuanto se adjudica a nuestra esencia como lo que nos mantiene en ella” (Ibídem). Así, el pensamiento que es lo que apetece aprender, debe anhelarnos a nosotros para poder aprenderlo y debe anhelarnos no de manera fortuita, sino en nuestra esencia, manteniéndonos en ella. Si el pensamiento nos anhela es porque nos espera y nos espera allá donde mora. ¿Dónde mora el pensamiento? En la memoria. En la memoria se resguarda el pensamiento.

El pensamiento nos anhela para ser liberado. Es la libertad del pensamiento la que nos sostiene. Liberar el pensamiento significa actualizarlo. De nada sirve un pensamiento archivado. La actualización del pensamiento es lo que permite, entre otras cosas, que la filosofía tenga una historia y no que sea historiográfica, que vaya hacia el futuro sin desconocer el pasado; decimos “entre otras cosas” porque no sólo de la filosofía se dice que tiene historia, los hombres tenemos historia. Nos actualizamos en la medida en que nuestras esperanzas están puestas en el futuro, hijo y padre del pasado. Nos actualizamos en la medida en que lo que nos anhela nos adviene y nos recrea.

Ahora bien, ¿cómo se libera el pensamiento? ¿Cómo se actualiza? El pensamiento en tanto mora, en calidad de retenido, en la memoria es lo pensado, es un pensamiento viejo; para actualizarlo es necesario que la memoria nos lo regale con un recuerdo, pero para que nos lo regale debemos apetecerlo, debemos pedirlo, debemos recordarlo. Nada consigue el que nada apetece.

Dice Heidegger: “la memoria es la congregación del pensamiento” (ibíd. p, 15). Y más adelante refiere: “Sólo si apetecemos lo que en sí merece pensarse, somos capaces de pensamiento” (ibíd. p, 16). En la memoria no se encuentra un solo pensamiento, de lo contrario no se hablaría de congregación, la memoria es el lugar en donde se encuentran varios pensamientos congregados, retenidos. Tal es la razón que lleva a Heidegger a decir que todavía no pensamos, pues apetecemos cualquier pensamiento, y en consecuencia la memoria nos regala el que menos merece pensarse. En la memoria se encuentran los pensamientos atesorados, como joyas dentro de un cofre, se trata de saber sacar de dicho cofre la joya correcta. Se trata de pensar lo que merece pensarse, que es, a juicio de Heidegger, que todavía no pensamos, aunque este-mos capacitados para ello.

Todavía no pensamos. Ese *todavía-no* nos dice que el pensamiento nos ha sido esquivo; en palabras de Heidegger, sería: el pensamiento se nos sustrae. De las posibles razones para que se nos escape están, en primera instancia, que nos distraemos con lo que se muestra interesante y aquí podríamos decir que somos nosotros quienes nos les sustraemos al pensamiento. Nos fascinamos con facilidad por las cosas, por cualquier cosa, por una y por otra sin detenernos nunca. Nos distraemos en cosas carentes de *interés*: eso explica que no nos mantengamos en ellas.

En segunda instancia, el sustraerse tanto del pensamiento como el de nosotros mismos ocurre por falta de escucha. Heidegger, quien nos guía en el pensar, nos exhorta a la disposición a escuchar (cfr. Ibíd. p, 75). Para escuchar es necesario estar en silencio, pues, este es el que nos dispone, el silencio nos da apertura.

La apertura es lo más propio de lo humano. Es lo que permite la cercanía con el otro y con lo otro, es lo que nos permite tender y recibir la mano de quien exige de nuestra parte reconocimiento. Dice Heidegger: “La mano sostiene. La mano lleva” (ibíd. p, 78); y se puede añadir: la mano guía. La mano salva.

Salva porque sostiene,
porque lleva,
porque guía.
La mano acoge.
La mano reconoce.
Cuando ocurre el reconocimiento
la mano suelta.
El camino está indicado,
se ha llevado hasta donde era meritorio hacerlo,
ahora cada quien recorre su propio camino.

2. Los caminos del pensar.

“La meta dejó de ser un punto en particular, una ciudad, una isla, un país u otro. La meta se integró al movimiento, se volvió trayecto, peregrinaje, errancia.”¹

André Velter

El pensar se nos presenta como un camino en el que trasegamos hacia lo que merece pensarse. Dicho de otra manera: el pensar se nos presenta como una invitación a hacer camino. Hemos iniciado este caminar, este aprender a pensar guiados por el pensamiento de Heidegger, quien en ningún momento nos da una definición de lo que significa pensar, sino que nos lo hace aprehensible desde la actividad misma del pensamiento, esto es, pensando él mismo lo que significa pensar. Seguimos nuestro propio camino pensando la pregunta que nos tiene pensativos, a saber: ¿qué significa pensar? y no tardamos en concebir varios significados. Pensar significa muchas cosas. A continuación nos ocuparemos de lo que significa pensar desde las siguientes proposiciones: 1) pensar significa pensar-se, 2) pensar significa estar en la presencia del pensamiento, 3) “pensar significa traspasar”, 4) pensar significa filosofar.

2.1 “Bajo la corriente del sustraerse”.

“Somos un signo por interpretar.”

Hölderlin

Que el hombre no piense todavía se debe a que aquello que merece ser pensado se le sustrae. Eso que se le sustrae es su esencia. Por tanto, el hombre piensa en tanto piense su esencia y la de aquello que es objeto de pensamiento como lo más merecedor de pensarse. Que el hombre piense su esencia significa que se encamina hacia ella. Ahora bien, este encaminarse sólo es posible, si su esencia lo arrastra consigo, como estando “bajo la corriente del sus-

¹ Sic. Nota del editor.

traerse”, es decir, en camino hacia lo que lo atrae al tiempo que se le escapa (cfr. *Ibíd.* p, 20). Mientras está en camino, el hombre apunta hacia lo que se sustrae, pues el camino sólo es posible si lo que se sustrae lo arrastra consigo.

Heidegger tiene dos maneras de llamar al hombre de acuerdo con su actitud frente a lo que se le sustrae y lo hace acudiendo al pensamiento de Nietzsche: el “hombre anterior”, un hombre anquilosado en el pasado y el “superhombre”, un hombre que sale del anquilosamiento en busca de sí.

Amamos en nosotros mismos lo que todavía-no-somos. Pues, nuestro amor descansa en la imagen de lo que queremos ser. De esta manera, lo que llamamos amor de sí, no es más que amor a la imagen futura de nosotros mismos. Sin darnos cuenta siempre estamos aborreciendo al hombre actual que somos y, lo paradójico, aunque lo aborrecemos no lo abandonamos.

Que amemos nuestra imagen futura, no significa que nos dirijamos a concretar dicha imagen. Simplemente indica un goce al concebirnos distintos. El no dirigirnos denota quietud, no sólo de nosotros, sino también de la imagen que nos representamos idealmente de nosotros mismos. Abría que decir, que la imagen es fija, que no se sustrae y esto se debe, a que no indiquemos hacia ella.

Indicar hacia la imagen, es indicar hacia nosotros mismos. Indicar es señalar. Decir que no nos dirigimos hacia la concreción de la imagen que hacemos de nosotros, significa que no nos interpretamos según pensaría Hölderlin². El hombre anterior, el hombre actual es este hombre carente de interpretación de sí.

He aquí que nosotros debemos ser objeto de interpretación de nosotros mismos. Esto significa volver la mirada hacia el hombre que hemos sido y somos, no para quedarnos en él, sino para que ello nos sirva de guía en el camino hacia el conocimiento y dominio de sí.

El dominio de un hombre sobre sí, se funda en una paradoja: sólo estando fuera de sí, puede estar en sí. Tiene que estar fuera de sí para examinarse y ascender en conciencia³. Examinarse quiere decir hacer memoria de lo que ha sido y leerse tal cual es, para poderse disponer ante y hacia lo que todavía-no-es: un ser consciente de sí, que se domina a sí mismo.

² Pues esto significa no dirigirnos hacia nosotros mismos.

³ El hombre es un devenir. Es grande gracias a las contrariedades, sin embargo, es más grande cuando se hace consciente de esas contrariedades, cuando asciende en conciencia.

2.2 Sobre el rumiar.

“La mayoría de los hombres, a pesar de que la naturaleza los ha librado desde tiempo atrás de conducción ajena, permanecen con gusto bajo ella a lo largo de la vida, debido a la pereza y la cobardía.”

Immanuel Kant

Ya se ha tratado de alguna manera sobre el rumiar la vida propia en aras del conocimiento y dominio de sí. Ahora nos detenemos sobre el rumiar el pensamiento. No se hace filosofía cuando se citan los pensamientos de distintos pensadores para sustentar el propio, se hace filosofía, esto es, se piensa cuando se está en la presencia del pensamiento para hallar lo no pensado en él. En otras palabras: pensar es *rumiar*.

Pensar, rumiar es una actividad ardua y en muchas ocasiones difícil. Implica paciencia y un demorarse en el pensamiento; nada gratuito que muchos renuncien y se dediquen a la erudición, a la pesca de citas. En esto se ha convertido la filosofía: en citar los pensamientos de otros sin una reflexión sesuda de los mismos.

Tenemos en la tradición filosófica grandes maestros a quienes acudimos a la hora de filosofar, pero no para repetir sin más lo que ya ellos han dicho, sino para pensar y decir lo que ellos, por su contexto, no pudieron pensar ni decir. Ello se logra sólo estando en la presencia de su pensamiento, en la rumia, en el demorarse para comprenderlo. Una vez comprendido su pensamiento, lo no pensado en él aflora como lo pensado por nosotros. De esta manera se enaltece al pensador, se dignifica y se le da su lugar a la filosofía.

Así el conocimiento no es más una cuestión del recuerdo, sino una novedad. El pensamiento que surge luego de rumiar otro pensamiento es nuevo, pues antes era algo no pensado. Pensar permite la novedad, de alguna manera por eso se le atribuye al pensar el acto creador: “al principio era el *logos*”.

Y sin embargo, la creación no se logra con un simple chasquido de los dedos, se necesita tiempo para la creación, se necesita pensar, se necesita demorarse en lo que es, en lo que está para dar lugar a lo que todavía-no es. A lo nuevo.

2.3 “Pensar significa traspasar”.

El epígrafe que titula este acápite es una de las frases más queridas por Ernst Bloch y con ella hacemos referencia al dirigir nuestra capacidad intelectual hacia lo que es, hacia lo que está dado, para lograr una transformación en ello. Las cosas son tal cual aparecen y sobre ello es que debemos pensar, pues no pensamos desde la nada. Ahora bien, esto no significa que no puedan ser de otra manera, ello depende de nuestro pensar e intervenir lo que aparece como lo que es.

Lo que es nunca es lo mismo, siempre está en constante devenir, en permanente cambio. El cambio nunca es gratuito, nunca se da por sí solo. Siempre depende de los hombres que son los agentes de cambio de la sociedad, del mundo, de la humanidad. Por eso es que se necesitan hombres comprometidos con el devenir histórico al que ellos mismos pertenecen (Cfr. Ernst Bloch. 1954-1959, 25-26).

Pensar es intervenir. Interviniendo se traspasa lo intervenido, pues esto cobra otro sentido y otra manera de ser distinta de la que era. Nuestra forma de pensar cambia nuestra forma de ver y de habitar el mundo. La guerra, el hambre, la injusticia si bien alguien puede decir que son una manera de pensar, ver y habitar el mundo, son la muestra fehaciente de que no se piensa, se ignora y no se habita el mundo, sino que se le destruye, pues, habitar lleva implícito el cuidado de lo que se habita.

Pensar en el sentido de traspasar es resistirse a que las cosas sean tal cual son, es buscar y labrar nuevos caminos, nuevas opciones en aras de un vivir más digno, más humano. La filosofía nos ofrece esta opción.

2.4 Sobre el Filosofar.

“La filosofía o sirve para vivir o no sirve para nada”

André Comte-Sponville

Lo que pretendemos ahora es responder a la pregunta ¿para qué la filosofía? Y reflexionar sobre su respuesta. La filosofía tiene razón de ser siempre y cuanto tenga una aplicabilidad o utilidad y esto sólo se logra a partir de la reflexión de la realidad (de la vida cotidiana). Esta reflexión de la realidad es a lo que aquí se le llama filosofar. Filosofar es pensar en contexto, pensar la realidad y cómo hemos dicho: pensar la realidad es intervenirla.

La evasión de la realidad es la enfermedad social del mundo contemporáneo. El material impermeable es el más vendido, son más frecuentados los gimnasios que las bibliotecas, resulta ser más rentable invertir en masacres que saciar el hambre; y la sabiduría de los viejos deambula por las aulas de los ancianatos. No hay interés en afrontar la realidad propia ni la del otro.

La filosofía debería pues, como expone Ferrater Mora, salir de sus “torres de marfil” –generalmente, de los ámbitos académicos- y lanzarse a la calle, lo cual puede practicarse de varios modos: o bien haciendo a la filosofía solidaria de los problemas que se plantean hoy a los hombres, problemas de guerra o de paz, de escasez o abundancia, de miseria o bienestar, etc. Si se logra que la reflexión crítica se integre con la sociedad, la filosofía puede aportar a la erradicación de muchos males que marchitan a la sociedad. Porque -y en esto

tiene mucha razón Mónica Cavallé- “una sociedad en que la filosofía –la reflexión crítica- no tiene un lugar central y explícito, es siempre una sociedad adocenada. Un caldo de cultivo de toda forma de manipulación” (Cavallé, 2001, 27).

La reflexión filosófica debe por tanto entablar una relación dialogal con los problemas que acaecen a la realidad social que afrontan los hombres, para que estos puedan integrar al “tú” con un “yo” en vez de aislarles y sumirlos en la individualidad.

Los filósofos tienen que salir de la burbuja de cristal en la que habitan, tienen que pensar el mundo y no simplemente en esencias y en abstracciones. ¿Para qué la filosofía? Muchos se hacen esta pregunta no en términos filosóficos, sino en términos económicos, donde la aplicabilidad ya no es en términos de intervención sino buscando una remuneración, en términos de subsistencia. Y la conclusión a la que llegan es: la filosofía no sirve de nada. Los filósofos son personas locas que piensan en cosas sin asidero real. Viven en un mundo abstracto. La filosofía carecerá de importancia y por ende puede desaparecer si no se cambia esta imagen del filósofo⁴.

La filosofía debe ser entendida como una forma de vida. Siempre que se le entienda de esta manera el filósofo asumirá su papel como interventor de la realidad. El filósofo saldrá de su burbuja y habitará el mundo.

La filosofía como forma de vida tiene su fundamento, al igual que la existencia humana, en la palabra. Una palabra que es más que articulación fonética, es más, incluso, que la unión de varias letras. La palabra no tiene un solo significado al igual que la vida no es lineal de lo contrario no tendrían razón de ser. Decimos entonces que la palabra es de múltiple significación, lo que de suyo implica que tiene muchos usos. En efecto puede ser usada para sanar, como es el empleo que se le da en la práctica terapéutica, como también

⁴ El pensamiento marxista es uno de los más fehacientes críticos de una filosofía aislada. “Hay en el marxismo una crítica aparentemente decisiva, radical de la filosofía. El carácter radica de esta crítica resulta precisamente del hecho de que Marx da a la filosofía su plena dimensión, tomándola completamente en serio, y no contentándose con mandarla a paseo por incontinencia verbal. Marx no sólo muestra que la filosofía es una reflexión separada de la realidad, poseedora de una existencia espiritual escindida de la existencia a secas... sino que muestra además que esta reflexión aparte está habitada de manera inconsciente de la realidad, por la existencia y los problemas del hombre real, por la problemática social real. Lo que el marxismo llama idealismo (y la filosofía se halla en primera clase de ideología) no es simplemente una representación autónoma de la realidad: el filósofo, el pensador, estaría en un rincón, delirando solo y, en definitiva, la humanidad arrastraría consigo a través de su historia, sin provecho alguno, pero también sin gran perjuicio, esos locos charlatanes que serían los filósofos”. Cfr. LYOTARD, Jean-François, *¿Por qué filosofar?* Paidós: Barcelona, 1996, p. 147-148.

puede ser usada para enfermar o adormecer, como es el caso de muchos sermones religiosos y políticos que desde el ámbito moral cohiben la existencia y la conciencia de un sin número de personas. La palabra es poderosa.

La palabra es, además, dadora de sentido, o, mejor, ordenadora de la existencia en tanto es la que permite que el hombre se relacione con su mundo, con el mundo y con el otro. Es ella la que permite que el hombre se reconozca como un ser existente en relación, como persona. Como persona que siente, piensa, padece y demás realidades vitales. Como persona que necesita un espacio propio para estar consigo misma, que necesita un espacio común, un mundo, donde relacionarse con otro, con un semejante. Decimos entonces que “la comprensión del lenguaje no debe, pues, limitarse a los términos opuestos, el yo y el mundo. Un tercer término aparece como necesario. *El otro*, al cual mi palabra se dirige” (Gusdorf: 1957, p, 43).

Que la filosofía sea una forma de vida, como se dijo, es prueba fehaciente de que “no es mera teoría, sino actividad, o, al menos, más movimiento y transformación que texto sistemático”. Tal como lo expone Víctor Raúl Jaramillo en la defensa de su tesis doctoral. Es a esta filosofía a la que queremos apuntar. Pues, no es con textos sistemáticos que se confronta la realidad, eso no es más que papel y tintero y así se queda, sino con una filosofía en movimiento, vivenciada o en otras palabras, una filosofía encarnada. **Ψ**

BIBLIOGRAFÍA:

- Bloch, Ernst 2004. *El principio esperanza*. 1954-1959, (Madrid : Trotta).
- Cavallé, Mónica 2001 (2006). *La sabiduría recobrada*. (Madrid : Martínez Roca).
- Comte-Sponville, André 2002. *Invitación a la filosofía*. (Barcelona : Paidós).
- Gadamer, Hans-Georg 2002. *Los caminos de Heidegger*. (Barcelona : Herder).
- Gusdorf, George 1957. *La palabra*. (Buenos Aires : Ed. Galatea nueva visión).
- Heidegger, Martín (1952/2005). *¿Qué significa pensar?* (Madrid : Trotta).
- Jaramillo, Víctor Raúl (2005). “La palabra detonante”. En: Cuaderno de Formación Avanzada Círculo de Estudios sobre Filosofía como Medicina del Grupo de Dolor y Cuidado Paliativo. Cuaderno N°. 14. U.P.B.

Recibido: Abril 13, 2011; Aceptado: Junio 20, 2011.